



SANTIFIQUEMOS EL DÍA DEL SEÑOR

Manual Dominical para el Hogar

Escrito por el rabino RICHARD GAMBOA, B.Tz., en memoria de
Santa EDITH STEIN, mártir, O.C.D. (1891 – 1943)

Agosto de 2008

B”H

Amable Creyente:

El Catecismo enseña que Jesús resucitó de entre los muertos ‘el primer día de la semana’ (Mt 28, 1; Mc 16, 2; Lc 24, 1; Jn 20, 1). En cuanto es el ‘primer día’, el día de la Resurrección de Cristo recuerda la primera creación. En cuanto es el ‘octavo día’, que sigue al sábado (cf Mc 16, 1); Mt 28, 1), significa la nueva creación inaugurada con la resurrección de Cristo. Para los cristianos vino a ser el primero de todos los días, la primera de todas las fiestas, el día del Señor (‘Hè kyriakè hèmèra’, ‘dies dominica’), el ‘domingo’ (Catecismo 2174).

San Juan Bosco definía magistralmente el significado del Domingo (en latín Días Dómini): **“el día que está consagrado al Señor y le pertenece sólo a El”**.

Además de la obligación que tienen todos los bautizados de participar en la Santa Misa todos los domingos y festividades de precepto (CIC can. 1247), está la obligación de santificar el domingo, especialmente a través del descanso de las labores propias del trabajo semanal. Esto es, hacer del domingo un verdadero Día del Señor (Catecismo 2184-2188; Días Dómini 52).

Muchos hermanos en Cristo me han escrito y hablado a lo largo de estos años, exaltando la belleza y el simbolismo de algunos elementos presentes en la observancia del Shabat judío, símbolos presentes en la vida familiar y que han ayudado a fortalecer los vínculos y la comunicación entre padres, hijos, hermanos y demás parientes. Y me sugerían que les redactara una guía para aplicar en sus hogares algunos de esos momentos y leídos a la luz del Evangelio y del Magisterio de la Santa Madre Iglesia...

manual que, hasta el momento de la presentación de este texto, no existe; siendo el presente el primero de su clase.

Luego de varios momentos y meses de oración el Espíritu Santo, en Su Misericordia infinita, me concedió la luces y las debidas orientaciones para ayudar a mis hermanos en la fe a hacer del domingo un verdadero encuentro familiar con el Resucitado; este manual es fruto de esta divina intervención y la respuesta a la plegaria de muchos católicos que oraron incansablemente por la realización de este material. Básicamente ha sido redactado para familias, pero también pueden adoptarlo en comunidades eclesiales de base, grupos de oración y diversas comunidades de vida consagrada, casas curales y conventos.

Elevo mis votos al Dios Padre de Nuestros Señor Jesucristo, que a través de este pequeño manual encuentre cada uno de vosotros una conexión más profunda con la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, y con el Todopoderoso, quien envió a su Hijo Unigénito para redención de todo aquel que crea en El y obtenga la vida eterna (Juan 3,16).

Shalom!

RICHARD GAMBOA BEN-ELEAZAR, B.Tz.

Rabino Jefe de la B'nei Tzion

PREPARAR LA CASA PARA RECIBIR EL DOMINGO

Según las disposiciones litúrgicas y canónicas de la Iglesia y conservando sus raíces hebreas, se puede decir que el Domingo inicia el sábado en la noche (ya que en Israel el día acaba al anochecer, y se inicia un nuevo día; cf. CIC can. 1248, 1).

Para honrar debidamente el Domingo y para captar toda su belleza y deleite espiritual, es necesario prepararse para su recepción. Los preparativos en el hogar (ambiente, utensilios, comida, vestuario) no deben ser menos elegantes que los que la misma familia haría para recibir a un huésped distinguido y apreciado.

En la preparación de la casa para recibir el Día del Señor, importante que todos los miembros de la familia, según sus posibilidades, colaboren de alguna manera a dicha actividad. No es correcto decargar la responsabilidad de esta preparación en una sola persona.

LAS VELAS DOMINICALES

En la Iglesia Católica la luz de la vela o de un cirio es signo de la presencia de Cristo, Luz del Mundo. Casi todos los momentos de oración en muchos hogares y grupos de oración están acompañados de la luz de las velas o cirios. Pues bien, el Domingo, que conmemora la creación de la luz y la Resurrección de Aquel que es la Luz del Mundo: Dice San Justino: *“Nos reunimos todos el día del sol porque es el primer en que Dios, sacando la materia de las tinieblas, creó al mundo; ese mismo día, Jesucristo nuestro Salvador resucitó de entre los muertos (S. Justino, Apol. 1,67).*

Procuremos que el encendido de las velas dominicales le competa a la madre de familia o a alguna de las hijas, ya que la mujer es portadora de la luz que da vida a los seres humanos

(Concilio Vaticano II; Mensaje a las Mujeres, 5 y 6). Pero cualquier miembro de la familia podrá hacer el encendido de las velas en caso de que no se hallen presentes mujeres.

Se encienden las velas aproximadamente al anochecer del día sábado (para quienes habitan en la Zona Tórrida hacia las 19:00 o 7 p.m.).

El número mínimo de velas a encender es dos. Representan simbólicamente los dos mandamientos a cumplir: observar y recordar el Día del Señor (Catecismo 2189). También es correcto que la(s) hija(s) pequeña(s) participe(n) del encendido, y así se cultiva en ella(s) el amor y la importancia del Día del Señor según el espíritu de Cristo, que dijo: *“dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; el Reino de los Cielos es de los que son como ellos”* (Lucas 18,16).

Generalmente se usan velas blancas. Pero también se pueden utilizar velas de cualquier color, tamaño y forma; la única condición es que las velas deben arder lo suficiente como para que estén encendidas, por lo menos, hasta la medianoche. Se puede usar cualquier clase de candelabros, aunque se recomienda tener un candelabro o un par de bases especiales para las velas dominicales.

Procúrese no usar estas velas para nada diferente a la santificación del domingo.

ENCENDIENDO LAS VELAS DOMINICALES



Luego de encender las velas se mueven las manos alrededor de las velas, en círculo, dos veces hacia el rostro, como atrayendo a nosotros el aroma del Día del Señor que sale de las velas. Se dice la siguiente bendición:

En el nombre del Padre † y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Te alabamos, Señor y te bendecimos por habernos dado el santo Domingo, día en el que recordamos

que Tú levantaste a Tu Amado Hijo Jesucristo de entre los muertos; día para observar el reposo dominical en recuerdo de la obra de la creación. Bendito sea, Señor.

TODOS: Bendito seas, Señor.

Procúrese encender las velas en la mesa donde se sirva la comida; si esto resulta poco práctico por el poco espacio de la mesa, se pueden encender las velas en otro sitio apropiado, pero deben estar en la habitación donde se sirva la comida.

LA CENA DOMINICAL

La mesa preparada para la cena de Bienvenida del Domingo debe contener, además de las velas, los siguientes elementos ubicados en la cabecera de la mesa:

- 2 panes enteros, cubiertos con una servilleta o carpeta de tela, y así se embellece el ambiente del día del Señor
- Una copa para el Brindis de Santificación Dominical.
- Se puede utilizar vino dulce o jugo de uva si es una familia abstemia o uno de los miembros de la familia está tomando medicinas (en los almacenes de cadena se puede conseguir jugo de uva tipo *concord grape*, apta para esta ceremonia).

BENDICIÓN DE LOS HIJOS

Téngase por costumbre que el padre bendiga a sus hijos, ya que él es el guía espiritual de la familia. Un hijo o hija que reciba la bendición de su padre cada semana, podrá observar la autoridad espiritual y el papel de su padre bajo una luz más positiva y agradable. En algunos países ya no se bendice a los hijos, pero la tendencia a la dislocación de la autoridad paterna en las familias modernas hace que aquí se encuentre un motivo más para su restauración.

También la madre (sobre todo en hogares con madre soltera) puede bendecir a sus hijos. Es sencillo: se impone las manos sobre la cabeza inclinada del hijo o una mano sobre la cabeza de cada uno si se bendicen simultáneamente. Puede usarse la siguiente bendición:

Que el Señor te bendiga y te proteja. Amén.

Que el Señor haga brillar Su presencia sobre ti y te sea clemente. Amén.

Que El Señor alce sobre ti Su rostro y te dé Su Paz. Amén.

BRINDIS DE SANTIFICACIÓN DEL DOMINGO

El padre se pone de pie con la copa de vino o de jugo de uva en su mano, y la familia lo escucha en silencio mientras él recita a Plegaria de Santificación. Luego todos responden “Amén”. El padre bebe un poco de vino de la copa y luego reparte entre los miembros de su familia.

Esta es la plegaria que el padre de familia dirá mientras sostiene la copa con una de sus manos:

“El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado, pero encontraron que la piedra había sido remida, y entraron pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de ello cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: “por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando todavía estaba con vosotros en Galilea diciendo: es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite”. Y ellas comprendieron sus palabras.

Bendito seas Señor Dios nuestro, Rey del Universo, creador del fruto de la vid. Amén.

Te alabamos, señor, y te bendecimos, porque nos santificas con Tus Mandamientos, con Tu amor y bondad paternal. Nos concedes el Domingo en memoria de Tu obra de redención. Primero entre nuestras festividades, nos recuerda la Resurrección de Cristo Jesús, porque a nosotros nos llamaste por el bautismo para tener vida eterna en Su Nombre, y

nos concediste con amor el reposo dominical. Bendito seas, Señor.

TODOS: Bendito seas, Señor.

Es requisito bíblico santificar el Domingo (Exodo 20,8; Catecismo 2189; CIC, can. 1246,1). Y se santifica, además de la participación devota en la Sagrada Eucaristía, con una declaración verbal, porque está escrito: “Acuérdate del Día del Señor para santificarlo”. La santificación exige la pronunciación de una declaración de Santificación al comienzo del domingo, y una declaración de Separación o División al terminar el domingo”. Esta Santificación debe ir acompañada de una copa de vino o de jugo de uva, el símbolo tradicional de la alegría y de las ocasiones festivas.

Quienes lo deseen, puede servir vino o jugo de uva en otras copas para cada miembro de la familia.

Si hay invitados, los padres de familia pueden elegir a uno de ellos para que pronuncie la Santificación de la misma manera en que lo hace el padre de familia.



ACCIÓN DE GRACIAS POR EL PAN

Sin otra conversación o interrupción se pasa a la mesa. El jefe de la familia retira la carpeta o servilleta que cubre los dos panes y los eleva por un momento mientras recita la siguiente bendición:

Bendito seas Señor Dios Nuestro, Rey del Universo, que haces salir el pan de la tierra. Bendito sea, Señor.

TODOS: Bendito seas, Señor.

Hay dos maneras de repartir el pan entre los miembros de la familia. Una de ellas consiste en partir con las manos un pedazo

de pan, se pone sobre un plato pequeño para cada presente o se entrega en la mano del comensal, y se come. Otra costumbre es cortar con un cuchillo el pan en rebanadas, entregarlo en la mano o en el plato y comerlo.

Los dos panes recuerdan la doble porción de maná que los israelitas solían recoger el sexto día (Exodo 16,22) y que les duraba todo el séptimo día, ya que ese día no caía maná.

LA CENA FESTIVA

La cena del sábado en la noche debe ser festiva. El menú depende de las preferencias de la familia, pero debe observarse que debe ser comida que haya sido preparada antes de la puesta del sol, y que permita ser calentada un poco antes de ser servida. No es conveniente cocinar nada que requiera más de 15 minutos de preparación una vez iniciada la ceremonia de santificación del Domingo.

Siguiendo esta reflexión se sugiere que la música durante la cena sea religiosa (casi todas las librerías católicas disponen de música que podemos adquirir a precios módicos). Procúrese no escuchar música diferente a la religiosa durante la Cena de Santificación, de lo contrario perdería sentido todo lo realizado para dar al hogar ese aire de santidad y alegría propio del Domingo.

Es correcto y aconsejable dialogar sobre las actividades que se realizaron en la semana. Procuremos no tratar ningún asunto que pueda generar discusiones entre los miembros de la familia.

COMENTEMOS ACERCA DE LAS LECTURAS DE LA EUCARISTÍA DOMINICAL

El espacio de la cena de Santificación del Domingo es apropiado también para cumplir con uno de los fines mismos del mismo: estudiar la Palabra de Dios. Escudriñar las Escrituras es un mandamiento (Juan 5,39). No dedicar tiempo a la Palabra de Dios el domingo es una grave transgresión al precepto de “observar y recordar el Día del Señor”. Por eso debe darse un tiempo no mayor a veinte minutos, bien sea durante la comida o inmediatamente terminada, para compartir en familia las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia con respecto a las lecturas que se leerán a la mañana siguiente en la Sagrada Eucaristía, y así preparamos nuestras almas para participar con mucho más fervor de la Divina Liturgia.

Para ello, los padres deben procurar familiarizarse con el Kairós (el orden de lecturas de la Sagrada Eucaristía según el calendario), el Catecismo, los Documentos de la Iglesia y las biografías de los santos. Esta exigente tarea trae beneficios para la familia católica de tradición hebrea y refuerza el papel de los padres como los primeros evangelizadores y catequistas de sus hijos (Catecismo 2225-2226).

PLEGARIAS PARA FINALIZAR LA CENA

Es obligatorio agradecer al Padre Celestial después de la cena, en cumplimiento del mandamiento: “y comerás y te saciarás y bendecirás a Yahvé tu Dios por la buena tierra que Él te ha dado” (Deuteronomio 8,10). A diferencia del resto de la semana, cuando muchas plegarias (incluso el Santo Rosario) se hacen rápidamente, en domingo deben recitarse sin apuro. Incluso el niño de edad pre-escolar debe aprender las palabras de la bendición y unirse con entusiasmo a ella.

A continuación se presenta la siguiente plegaria de acción de gracias para finalizar la cena:

Te alabamos, señor, y te bendecimos porque alimentas al mundo entero con Tu bondad, con favor, clemencia y misericordia. Tú provees pan a todo ser, porque Tu clemencia es eterna. Por Tu inmensa bondad nunca nos faltó ni nos faltará nuestro alimento por siempre y para siempre. Por amor a Su Nombre, Él es Dios que alimenta y sustenta a todos y es benéfico para todos, proporcionando alimentos a todas Sus creaturas que ha creado. Bendito seas, Señor, que alimentas a todos.

Apiádate, Señor Dios nuestro, de todos los que en esta santa noche se hallan solos, sin techo ni pan, sin vestido ni esperanza y con toda clase de penurias; concede Tus misericordias y muéstrales Tu Salvación, para que puedan ver en Tu Hijo Jesucristo la redención y la restauración en sus vidas y en la de sus seres queridos.

Te alabamos, señor, y te bendecimos, Rey del Universo, oh Dios Padre nuestro, Rey nuestro, Rey bondadoso y bienhechor para todos. Tú nos has bendecido, nos beneficias y nos beneficiarás.

Concédenos al final de nuestros días ser merecedores del reposo eterno y de la alegría y a felicidad sin fin en Tu Reino.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre, venga Tu reino, hágase Tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros personamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

María de Nazareth, Madre y Maestra de la Iglesia, ruega ante tu Hijo, el Juez de la Verdad, por aquellos que aún no han conocido el tiempo de la gracia y de la salvación.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora, y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y por los siglos de los siglos, Amén.

RECORDEMOS:

El Domingo “está tradicionalmente consagrado por la piedad cristiana a obras buenas y a servicios humildes para con los enfermos, débiles y ancianos. Los cristianos deben santificarlo también dedicando a su familia los cuidados y el tiempo difíciles de prestar los otros días de la semana. El Día del Señor es un tiempo de cultura, de reflexión, de silencio, de meditación, que favorecen el crecimiento de la vida interior y cristiana” (Catecismo 2186).

DESPIDAMOS EL DOMINGO



El Domingo inicia a la puesta del sol del sábado y concluye al anochecer del domingo. Se aconseja “agregar de lo secular a lo sagrado; agregarle al Día del Señor algo del resto de la semana”.

EN QUÉ MOMENTO HACER LA DESPEDIDA DEL DOMINGO?

Al anochecer. En la Zona Tórrida ese anochecer es a las 19:30 horas, cuando ya es de noche. Para quienes no asistieron a la Santa Misa de día, el momento indicado es al llegar a casa luego de participar de la Sagrada Eucaristía de las 18:00 o de las 19:00, pero no antes de dicho horario.

La manera de despedir el domingo es mucho más sencilla que la Santificación del mismo. Para ello se requiere, además del vino y el vaso o copa de santificación:

Dos velas comunes, se colocan como una V invertida o juntas encendidas, de manera que las llamas de las dos velas se unan y se obtenga el efecto de una antorcha.

La luz simboliza (como primer acto de la semana) la primera labor de la Creación cumplida el primer día de la semana, cuando Dios Padre dijo: *hágase la luz!*. También nos recuerda que somos luz para las naciones, y que nuestra luz debe brillar ante todos para que al ver nuestras obras, todos glorifiquen al Padre Celestial (Mateo 5,14-16).

Una Esencia Aromática: El significado de las especias aromáticas es su dulce fragancia (considerada por fuentes místicas como un deleite para el alma, más que para el cuerpo); es un recordatorio de que debemos aromatizar nuestro entorno porque hemos recibido a Jesucristo mediante la Sagrada

Comunión e la Santa Misa. Que dondequiera que esté un católico se sienta el aroma de alguien que tiene a Cristo en su corazón.

EL ORDEN DE LA CEREMONIA DE DESPEDIDA

Como siempre, en caso de que el padre de familia no esté presente para recitar las bendiciones, la mujer bien puede tomar ese lugar.

Se sirve vino o jugo de uva hasta el borde del vaso o copa. En caso de que no se pueda usar vino, se puede con cualquier otra bebida alcohólica (cerveza, aperitivos de frutas, etc).

Se encienden las velas y se unen las llamas de dos velas comunes, como se indicó anteriormente. Cualquier miembro de la familia puede sostener esta pequeña antorcha.

Se levanta la copa y se dice:

Dice el Señor: “Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen bajo la cama, sino sobre el candelabro para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Bendito seas Señor Dios nuestro, Rey del Universo, Creador del fruto de la vid (para otras bebidas se agrega: Creador de toda clase de bebidas). Amén.

Todos beben del vaso o copa. Luego se toma la fragancia ambiental y se dice:

Bendito seas Señor Dios nuestro, Rey del Universo, creador de toda clase de especias. Amén.

Se dirige la vista a la llama de la pequeña antorcha y se dice:

Bendito seas Señor Dios nuestro, Rey del Universo, Creador del fulgor del fuego. Amén.

Se apaga la llama sobre un plato pequeño con agua (jamás se apaga soplándola o con los dedos), y se dice lo siguiente:

Te alabamos, Señor, y te bendecimos, porque haces distinción entre lo sagrado y lo profano, entre la luz y las tinieblas, entre la Resurrección y la muerte, entre el Domingo y los seis días de labor. Bendito seas, Señor.

TODOS: Bendito seas, Señor.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre, venga Tu reino, hágase Tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros personamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

María de Nazareth, Madre y Maestra de la Iglesia, ruega ante tu Hijo, el Juez de la Verdad, por aquellos que aún no han conocido el tiempo de la gracia y de la salvación.

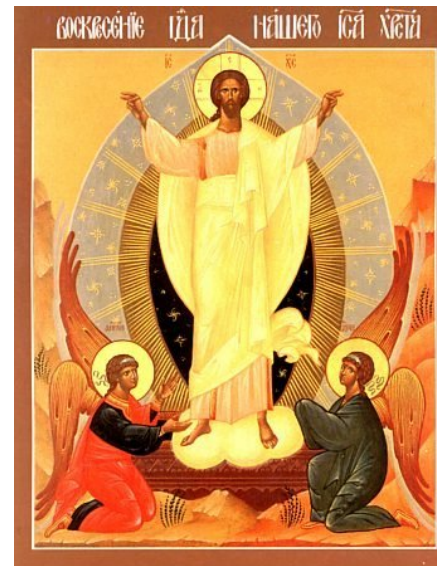
Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora, y en la hora de nuestra muerte, Amén.

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y por los siglos de los siglos, Amén.

**Jesús, José y María: Bendecid nuestros hogares
Jesús, José y María: Libradnos de todo mal.
Jesús, José y María: Salvad nuestras almas.
Amén. Aleluya.**

En el nombre del Padre † y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.



***“Este es el día en que actuó el Señor;
sea nuestra alegría y nuestro gozo”***